

NUEVOS
pensadores

7

Caritas in veritate:
verdad y acción, un paso a la
responsabilidad social
en el mundo globalizado*

Elizabeth Duvanca Reyes**

Son múltiples los objetivos que pueden resultar de la lectura de esta última Encíclica escrita por el actual pontífice Benedicto xvi. Una de las preocupaciones más relevantes que deja ver el desarrollo de la misma es encontrar un camino que nos lleve a la “humanización”, que el hombre se siga considerando administrador de la creación que en herencia Divina tiene y que su posición ante sus propios avances científicos, técnicos, sea reivindicada de manera que la técnica esté a su servicio y no el hombre mismo a expensas de sus adelantos.

Somos parte de una gran respuesta, es decir, que estamos “todos” llamados a elaborar un trabajo concreto de acción social, espiritual, económica, política, etc., frente a las diferentes situaciones que involucran al ser humano en su historia, en su quehacer mismo y en la búsqueda de su trascendencia, a la cual no se llegaría omitiendo la intersubjetividad. En esto insiste, reiteradamente, el pontífice, la naturaleza propia del hombre de crecer y autorrealizarse de la mano de sus congéneres. “La sociedad cada vez más globalizada nos hace más cercanos, pero no más hermanos” (Benedicto xvi 19).

* Artículo presentado en el VII Coloquio Interno de Profesores de la Universidad Católica de Colombia

** Profesora del Departamento de Humanidades de la Universidad Católica de Colombia. eduvanca@ucatolica.edu.co

Transitar de nuevo por la intersubjetividad, mejor llamada “relación con otros”, podría despertar la fraternidad que se ha quedado dormida en el corazón del hombre. Somos seres relacionales porque necesitamos de “los otros” para dar reconocimiento a nuestra libertad y la libertad solo tiene sentido si su ejercicio fluye conteniendo al hermano. Así, se hace necesario re-elevar el concepto de familia humana sin distinción de credo, raza, edad, género. Todos tenemos un compromiso vital con la creación dada por Dios, el universo está reclamando nuestra participación dinámica para su preservación y para que siga siendo el hábitat de la familia humana como lo ha denominado Benedicto xvi.

La Doctrina Social de la Iglesia, en su concepto cristiano del desarrollo, contempla el entorno humanizado al que debe aspirar el hombre, haciendo uso de su vocación para trabajar por el progreso. Esta misma impronta la encontramos marcada en esta Encíclica y hace, a su vez, un llamado agudo a la vocación del hombre para continuar con su proceso de humanización.

El padre Sergio Bernal Restrepo nos ilustra con sencillas palabras ese actuar dinámico del hombre en el mundo. Además, nos sitúa coherentemente conservando la relación sintáctica entre lo que expresa Caritas in veritate y lo que Dios espera del hombre:

El creador confía a hombres y mujeres la tarea de continuar su obra creadora, como colaboradores encargados de cuidar y cultivar el jardín y de gobernar el mundo y dominar sobre los seres vivientes. Aparece así la vocación del mundo a progresar continuamente y la vocación de la humanidad a ser los agentes responsables de ese progreso. (Bernal Restrepo S.J. 40)

La verdad es el camino para encontrar soluciones a nuestras crisis. La Encíclica no cierra los ojos a nuestras falencias y deficiencias humanas, de manera inteligente el pontífice Benedicto toma con retrospectiva la mirada al mundo que, en su momento, dirigieron sus antecesores, abordando muchos de los problemas en un paralelo

con el mundo actual. Asimismo, confronta los nuevos paradigmas, aunque el punto en común siempre ha sido mantener la posición del hombre, rescatar su valor humano.

Efectos perniciosos sobre la economía real de una actividad financiera mal utilizada, explotación sin reglas de los recursos de la tierra, los imponentes flujos migratorios frecuentemente provocados (Benedicto XVI 21).

[...]

La riqueza mundial crece en términos absolutos, pero aumentan también las desigualdades. [...] En las zonas más pobres algunos grupos gozan de un tipo de superdesarrollo derrochador y consumista que contrasta de modo inaceptable con situaciones persistentes de miseria deshumanizadora. [...] Lamentablemente, hay corrupción e ilegalidad tanto en el comportamiento de sujetos económicos y políticos tanto de países ricos, nuevos y antiguos, como en los países pobres. [...] Hay formas excesivas de protección de los conocimientos por parte de los países ricos a través de un empleo demasiado rígido del derecho a la propiedad intelectual especialmente en el campo sanitario. (Benedicto XVI 22)

Frente a las complejas circunstancias que hacen parte de la realidad del hombre moderno han surgido considerables y desfavorables acaecimientos: ideologías facilistas, eclecticismo cultural y desarrollo tecnológico en desequilibrio, que margina especialmente a los más pobres. La indiferencia que envuelve al hombre para perseguir sus deseos personales responde a los cánones debatibles de la sociedad moderna, en donde se acentúa primordialmente el individualismo y el consumismo, y se transmite una falsa idea de “calidad de vida”.

Dentro de este crítico y complejo escenario se encuentra la solución: “verdad y amor”, “sin verdad, la caridad cae en mero sentimentalismo. El amor se convierte en un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente. Este es el riesgo fatal de una cultura sin verdad” (Benedicto XVI 3).

Frente a estas fatídicas circunstancias, cuyo resultado ha sido “una cultura sin verdad”, a “todos” nos converge una participación dinámica que acuse nuestra inteligencia y nuestro corazón, pues como concedores de nuestra situación no podemos seguir siendo indiferentes, tenemos una fuerte responsabilidad frente a la suerte que tenga que seguir el mundo, el hombre y el cosmos.

Con este hilo conductor la Encíclica es un llamado a renovar, redescubrir, revisar y reestructurar, en todos los ámbitos en los que se mueve, al hombre de hoy. En la economía, por ejemplo, el recurso vital con el que cuenta el hombre debe impulsar sus esfuerzos en buscar sociedades en condiciones de igualdad, de manera que se fomenten sociedades solidarias. También, deben impulsarse esfuerzos políticamente para consolidar regímenes democráticos que garanticen libertad y paz. Advirtiendo los nuevos paradigmas resultantes del vertiginoso cambio del mundo, las diferentes implicaciones que de allí se suceden, hay una gran complejidad frente a estas circunstancias sobre las que tenemos que encontrar nuevas formas de compromiso, esto es, hacer una reflexión renovada de fondo que nos lleve a soluciones prácticas eficientes y eficaces, que nos conduzcan, en últimas, a lo verdadero.

Y para saber qué es lo verdadero Benedicto, en su última Encíclica, magistralmente así nos dirige:

Puesto que está llena de verdad, la caridad puede ser comprendida por el hombre en toda su riqueza de valores, compartida y comunicada. En efecto, la verdad es “logos” que crea “diá – logos” y, por tanto comunicación y comunión. La verdad rescatando a los hombres de las opiniones y de las sensaciones subjetivas, les permite llegar más allá de las determinaciones culturales e históricas y apreciar el valor y la sustancia de las cosas. (Benedicto XVI 4)

Pablo VI en la *Popularum Progressio*, citada por Benedicto XVI, nos exhorta a la búsqueda de sabiduría, al estudio de las ciencias para convertirnos en una sociedad más humana. “Por eso para alcanzar

el desarrollo hacen falta pensadores de reflexión profunda que busquen un humanismo nuevo, el cual permita al hombre moderno hallarse a sí mismo” (Benedicto xvi 21).

De este modo, el objetivo es buscar y encontrarle un sentido verdadero al quehacer del hombre, dando valor profundo a las cosas espirituales y materiales a través de formas innovadoras que promuevan la vida de calidad. A su vez, se hace necesario insistir en que la humanización debe contribuir a mirarnos con ojos de caridad, despejando nuestros intereses personales para abrazar aquel hermano que necesita, con urgencia, de nuestra solidaridad, no solo aquella que llena la materia del cuerpo sino que integralmente, lo resguarda, lo salva y lo dignifica. Hemos entonces de entregarnos a esa profunda reflexión, que alcance soluciones innovadoras de largo aliento que rescaten al ser humano, para que este pueda vivir en condiciones dignas, en donde su entorno sea propicio para el diálogo, la comunicación, la comunión con él mismo, los otros y con la creación.

Si la actividad humana tiene como uno de sus fines humanizar el mundo material, entonces todos los bienes de la tierra están ontológicamente convocados a encontrar en la acción humana el espíritu que le dé expresión a su realidad conformando en el hombre unidad de sentido. El desarrollo económico y social debe, por tanto, subordinarse al bien de la persona, porque los progresos científicos, técnicos y sociales son mediaciones humanas en función de su propia promoción y la del mundo. (Martínez Herrera 93)

En la tarea de humanizarnos se encuentra también la redención del hombre. Se humaniza en la medida en que acepta su responsabilidad frente al cosmos, se sabe constructor de un mundo que le pertenece y que necesita del otro, reconoce que sus acciones deben ser humanizantes, reales y transformadoras, que desplieguen su inteligencia. Inteligencia que le permita ir a Dios en su itinerario histórico que exige constancia, fidelidad y perseverancia. “Inteligencia

llena de amor y amor rico en inteligencia”, que busque el desarrollo equilibrado de los pueblos. “El desarrollo necesita cristianos con los brazos levantados hacia Dios en oración” (Benedicto xvi). Esto tiene como objetivo hacer más estrecha la relación del hombre con Dios y promover ese encuentro “dia-lógico”, descubrir que la causa de Dios es la misma causa del hombre inteligente, que va en busca de la verdad y la caridad, y este mismo propósito no es extraño a Dios que sabe de las necesidades de su creación predilecta.

En consonancia con esa actividad reflexiva que debe emprender el hombre de hoy, cabe cuestionarnos, en este ámbito académico, qué papel le corresponde a la intelectualidad, a las universidades, a las academias. Nos corresponde reflexionar, diagnosticar, emprender un trabajo académico sintético de conjunto que, si bien es un trabajo largo, es necesario y urgente de emprender.

La actividad de la academia debe pronunciarse con proyectos sólidos que recuperen, a través de la educación, la dignidad. Asimismo, es imperativo que se insista dentro y fuera de la academia en la humanización del hombre, una humanización que lo renueve. Además, y a pesar de los problemas que no se pueden resolver simultáneamente, debemos preparar a nuestras generaciones para devolverle a la sociedad, en soluciones prácticas, un esfuerzo renovado y, por supuesto, una voluntad recia que trabaje en conjunto, ideando “nuevas formas de compromiso” por el rescate de lo humano.

Queda abierto este cuestionamiento para la reflexión, para el estudio de las múltiples respuestas efectivas que puedan existir, para que el hombre haga acopio de toda su potencialidad, de su inteligencia, para que sus obras reflejen el amor de Dios.

Bibliografía

La bibliografía correspondiente se ha ubicado al final del libro.